

CAPITULO XIV

PARAGUAY. AVANCE APOSTÓLICO DESDE 1735 A 1750

SUMARIO: I. Estado de la Compañía y de sus misiones en el Paraguay al terminar la revolución en 1735.—2. Promuévese la obra de dar Ejercicios a los seglares.—3. Dudas jurídicas sobre las misiones de los Guaraníes, resueltas en la gran cédula real de 1743.—4. Testimonio del Sr. Peralta, Obispo de Buenos Aires, sobre las misiones guaraníticas en 1743.—5. Misiones a los Pampas, empezadas en 1740.—6. Excursiones apostólicas a otras tribus de infieles y fundación de la residencia de Montevideo.—7. Informe del P. Querini sobre el estado de la provincia en 1747.—8. Informe del mismo en 1750.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Cartas de PP. Generales.—2. Documentos de todos géneros hallados en el Archivo de Indias.

1. Absorta la atención del historiador por las convulsiones revolucionarias que padeció el Paraguay desde 1721 hasta 1735, parece perderse de vista todo lo demás que se estaba haciendo al mismo tiempo en la provincia jesuítica que llevaba ese nombre. Sin embargo, conviene recordar que esas revoluciones se limitaron a la gobernación del Paraguay y que nuestra provincia religiosa se dilataba por los vastísimos países comprendidos en las gobernaciones de Buenos Aires, Tucumán y Santa Cruz de la Sierra. Extendíase su acción a todo el territorio que hoy ocupan las Repúblicas de la Argentina, Paraguay y Uruguay, y además la parte meridional de Bolivia y aun a ciertas tierras situadas en el extremo meridional del Brasil. Habiéndose encerrado la revolución dentro de los límites del actual Paraguay, dicho se está que hubieron de padecer sus consecuencias los jesuitas que formaban el colegio de la Asunción y los misioneros que cuidaban de los pueblos enclavados en el territorio paraguayo; pero todos los demás religiosos establecidos en los otros nueve colegios y en tal cual residencia desplegaban como antes su celo apostólico, así en la santificación de los españoles como en la conversión y cultura de los infieles.

Precisamente en el año 1735, en que se aplacaban las tempestades del Paraguay, escribía el Gobernador del Tucumán, Juan de Ormaza y Arregui, un testimonio magnífico sobre la actividad religiosa de los jesuitas en beneficio de los españoles. Oigamos sus palabras: «En estas vastísimas regiones mantiene la religión de la Compañía diez colegios, una casa de noviciado y dos residencias fundadas en las principales ciudades. La utilidad que de ellas se sigue al servicio de Dios y de V. M. no la podré brevemente expresar. Empléanse en ellas incesantemente los operarios jesuitas en la predicación evangélica, en el confesonario, en la continua asistencia a los enfermos y moribundos, con toda la vigilancia y cuidado que les prescribe su santo Instituto. Y no pudiendo su celo contenerse en el recinto de las ciudades, sale afuera a las haciendas del campo, distantes a veces 12, 16 y 20 leguas, donde continuamente son llamados para confesar a los enfermos y moribundos, a causa de ser los partidos de los curatos tan extendidos, especialmente en este gobierno de Tucumán, que no pueden acudir los párrocos a partes tan distantes. Y a no tener los fieles el recurso a la Compañía de Jesús, que a nadie se niega, sin temor de las inclemencias del tiempo, destemplanzas de los climas o fragosidad de los caminos, murieran los más feligreses sin el socorro espiritual de los Sacramentos.

Cónstame de vista en los colegios de este gobierno y del de Buenos Aires y por noticias ciertas de los de los demás, que en todos ellos hay escuelas, y son las únicas en las ciudades, en que enseñan a los niños a leer, escribir y contar y la doctrina cristiana, imponiéndoles al mismo tiempo en el santo temor de Dios con grande aplicación y desvelo; para lo cual en los más colegios tienen destinado un sacerdote. En todos los colegios hay también otro sacerdote ocupado en enseñar la gramática, y en el de Buenos Aires, por ser aquella ciudad la más populosa de estas provincias, han establecido dos cátedras de filosofía y de teología moral. En esta de Córdoba de Tucumán, está la única Universidad de estas provincias a cargo de los mismos Padres de la Compañía, en la cual fuera de la escuela de niños y la clase de gramática, comunes a los demás colegios; se leen las facultades mayores de filosofía, teología escolástica y moral, cánones y Sagrada Escritura, en siete cátedras que ocupan otros tantos sujetos con universal satisfacción y provecho. Ni es menor el que se sigue del real colegio, seminario y convictorio que tie-

nen a su cargo en esta ciudad, en que se cría en virtud y letras lo más florido de la juventud y nobleza de estas provincias, y aun desde los reinos del Perú y Chile envían algunos a criar en él sus hijos, estimulados del buen nombre, que por todas partes se ha granjeado su sabia y cristiana educación, manteniéndose en él de ordinario como 50 colegiales.

Allégase a todo lo dicho otro utilísimo ministerio, con que sirven imponderablemente al bien espiritual de estas provincias, enviando indispensablemente todos los años de cada colegio a sus propias expensas, dos religiosos que discurren de continuo en misión por todas las alquerías y casas de campo de la jurisdicción. A todas las ciudades, en donde vive la mayor parte de la gente de ellas, sin otro cultivo ni enseñanza que la que les den los Padres misioneros, quienes trabajan cuanto no se puede expresar con palabras en desbastar su ignorancia, para disponerlos a recibir fructuosamente los santos Sacramentos, que no reciben los más, ya por su pobreza, ya por la distancia, sino en la ocasión en que los van a ver los dichos misioneros» (1). Termina su carta el Gobernador pidiendo al Rey que sea servido de enviar más jesuitas para promover tan santas obras.

Mientras de este modo santificaban nuestros Padres a los españoles, lo mismo en el centro de las ciudades, que en las aldeas y haciendas de los campos; no se descuidaban en adelantar cuanto podían la conversión de los infieles. En estos años continuaron por diversas partes las entradas que empezaron antes en las vastas regiones del Chaco. Movíales a ello el deseo de convertir a tantas tribus que se descubrían en aquellos bosques, y también el deseo de facilitar las comunicaciones entre el Paraguay y las tierras de Chiquitos. En estos años intentaron abrirse camino siguiendo el curso del río Pilcomayo. Los PP. Gabriel Patiño y Lucas Rodríguez por un lado, y los PP. Felipe Suárez y Sebastián de San Martín por otro, avanzaron rompiendo la maleza por entre aquellos bosques sembrados de plantas espinosas. Continuó después esta labor el P. Agustín de Castañares, quien fundó un pueblo entre los Zamucos al cual se agregaron otros indios de extrañas denominaciones (2).

(1) Archivo de Indias, 76-5-10. Ormaza al Rey. Córdoba 23 Agosto 1735.

(2) Véase el último capítulo de la obra tantas veces citada del P. Lozano, *Historia de las Revoluciones de la provincia del Paraguay*, en el cual re-

También desde los Chiquitos hacían los misioneros algunas salidas hacia el Norte y hacia el Oriente, y si no fundaron pueblos nuevos, atraieron de diversas tribus numerosos indios que se fueron agregando a los pueblos ya fundados. En estos años renováronse los esfuerzos para restaurar las misiones varias veces empezadas y varias veces destruidas de los Chiriguanos. Esta nación rebelde ejercitó mucho la paciencia de los jesuitas. En 1726 se destruyó el último pueblo que había quedado de la misión fundada unos treinta años antes. Apesar de verlos tan obstinados, no se dió por vencido el celo de nuestros misioneros. En 1733, el fervoroso P. Julián Lizardi penetró con dos compañeros en aquellas tierras. Después de trabajos sin cuento, logró consolidar dos reducciones; pero no pasó adelante por entonces la conquista espiritual. Los chiriguanos infieles eran mucho más numerosos que los convertidos y no podían sufrir en sus tierras a los Padres que les enseñaban a renunciar a sus vicios. Habiendo preparado con mucho silencio cierta conjura, se acercaron a uno de los dos pueblos, llamado Concepción, cuando el Padre Lizardi empezaba a decir misa en la modesta capilla que había levantado. Los neófitos que la oían se alborotaron al sentir los gritos feroces de los infieles, que entraban como tigres hiriendo y matando a los que veían. Detúvose un momento el Padre Lizardi, y observando la confusión y desbandada de la gente que asistía, interrumpió la misa y se retiró del altar. En este mismo tiempo entraron tumultuosamente en la capilla los chiriguanos infieles, apoderáronse del Padre, le desgarraron los ornamentos sagrados, le despojaron de casi todos los vestidos y bien maniatado le condujeron a lo alto de una peña. Allí le pusieron como blanco de sus flechas, y disparando todos a porfía, le acribillaron de heridas. Sucedió este martirio el 17 de Mayo de 1735. Tenía el P. Lizardi sólo treinta y nueve años (1).

También hicieron algunas excursiones hacia el Norte y hacia el Sudeste los misioneros ordinarios de los pueblos Guaraníes. Ciertamente que estos Padres tenían harta ocupación con la doctrina ordinaria y el gobierno habitual de aquellas reducciones tan nu-

sume los ministerios apostólicos que fueron ejecutando nuestros Padres en aquellos años de revolución.

(1) Lozano, t. II, p. 473. También se habla de este martirio en *Cartas de PP. Generales. Retz al Provincial*, 15 Julio 1737. Pide todavía más pormenores sobre la muerte del P. Lizardi.

merosas. Esto no obstante, hallaron tiempo para convertir a muchos Tobatines al Norte y a muchos de las tribus de Guayaquis, Guañanas y Guenoas que se extendían en la parte meridional del Brasil y en el territorio que hoy pertenece a la República del Uruguay. El P. Miguel Jiménez trabajó principalmente con los feroces Guenoas, de quienes se temía que ayudasen a los portugueses en las excursiones que hacían hacia el Sur, pues nunca abandonaban éstos la idea de extender su dominación hasta río Plata (1).

Mientras de este modo ejercitaban su celo con varia fortuna nuestros Padres en las tribus de infieles que aparecían en torno de los territorios españoles; no debemos disimular que las reducciones de los Guaraníes padecieron tristísimo quebranto por la revolución de los comuneros. Recuérdese que en 1724, después de derrotar a García Ros, había invadido Antequera los cuatro pueblos más próximos de nuestras misiones. Esta invasión produjo una desbandada de los indios que huyeron a los montes para librarse de la muerte y cautiverio. Trabajo costó a los jesuitas recoger después estas ovejas descarriadas. Al fin se reparó el daño y en los siete años siguientes las reducciones se mantuvieron en relativa tranquilidad y lograron algún acrecentamiento, tanto, que al entrar el año 1732 el número de indios de las treinta reducciones llegaba a 140.000. Empero sobrevino entonces lo que ya sabemos. El temor de verse acometidos por los revolucionarios y por otro lado las órdenes expresas de D. Bruno, que mandó empuñar las armas y estar a punto para defenderse; obligó a mantener en pie de guerra un ejército de 8 ó 10.000 hombres. Aunque algunos de estos volvieron pronto a sus pueblos, pero no se pudo evitar que seis o siete mil perseverasen veinte meses con las armas en la mano y no cesó el estado de guerra hasta el año de 1736. Esto fué causa de que no pudieran trabajar millares de indios y por consiguiente se sintiera la escasez que era de temer. A esta calamidad se añadió la de algunas epidemias que se desarrollaron entre los indios de guerra. Hubo numerosas defunciones y el consiguiente trastorno de suplir a los enfermos y difuntos con otros sanos traídos de largas distancias. Sin embargo, lo que más afligió a nuestros Padres fué, que aquellos indios de guerra con la ociosidad y con el

(1) Lozano, t. II, p. 475.

mal ejemplo de algunos soldados españoles que vivían a su lado, aprendieron muy pronto los vicios de la licencia militar. Renacieron en ellos las malas costumbres del estado salvaje y fueron muchos los que desertaban, no sólo del ejército, sino también de la vida cristiana y civil, a que los habían acostumbrado nuestros Padres.

Aflige ciertamente leer una carta del P. General, Francisco Retz, dirigida al P. Aguilar, Provincial del Paraguay, en que Su Paternidad condensa las tristes noticias que le han llegado de nuestras misiones. «No quisiera llegar, dice, a hablar sobre estas misiones y su infelícísimo estado espiritual y temporal. No sé qué remedio puede darse a tantos y tan graves daños como padecen y como las amenazan, hasta el último exterminio de una cristiandad, que siendo en el año de 1732 compuesta de 141.252 almas, se veía en el año de 1736 reducida al sólo número de 107.543, faltando así en el solo espacio de cuatro años 33.709 almas. Ni he podido leer sin una sentidísima aflicción la serie de males, con que Nuestro Señor ha afligido esa cristiandad, y los excesos, crueldades y violencias a que ella en mucha parte se ha relajado. Sé por las cartas de V. R. y de muchos otros las frecuentes pestes, extremas hambres y continuas guerras que esas misiones han padecido y padecen; lo que en sus costumbres se han viciado esos cristianos y la libertad que en la guerra han aprendido, sus excesos y adulterios, hasta robar las mujeres ajenas, sus embriagueces, odios y homicidios, hasta beberse efectivamente la sangre; sus impiedades aun con los cadáveres y sirviéndose de los huesos para sus hechizos, y, finalmente, su apostasía de la fe en muchos de ellos, retirándose a los montes y gentilidad. Y si bien todo esto me contrista y aflige sumamente, no puedo negar se me aumenta la aflicción y cuidado del fin de esas misiones, con las noticias que me dan del sumo caimiento de ánimo que todo esto ha causado en los misioneros, queriendo muchos dejar las misiones y mirándolas otros con suma tibieza, y casi todos como cosa ya perdida.

Si ahora, cuando más afligidos están y más necesitados aquellos pobres cristianos de quien les aliente y contenga, se descuida con ellos, ¿qué puede temerse, sino que a un tal abandono siga la perdición de tantas almas y la destrucción de una cristiandad tan gloriosa a Dios, a su Iglesia, a la Compañía y a esa provincia? Y aunque sobre esto escribo al P. Superior para que con su

celo anime a sus compañeros, no puedo menos de repetirlo a V. R. y a sus sucesores, para que en nombre mío signifique a los misioneros todos la gravísima solicitud en que me dejan estas noticias, y la que sólo puede templar el conocimiento y experiencia del apostólico celo que en cada uno considero y la ardiente caridad con que espero no desamparen a aquellos por cuya salvación han dejado sus patrias, expuéstose a peligros y ofrecido a Dios su misma vida» (1). Las palabras del P. General siempre han tenido y tienen por la bondad de Dios singular eficacia para reanimar el espíritu de la Compañía. Pronto veremos que esta exhortación del P. Retz infundió nueva vida en los misioneros del Paraguay.

2. Entretanto tomaba feliz incremento el ministerio de dar Ejercicios espirituales a los seglares en casas destinadas a este fin. Ya en 1716 el colegio de Córdoba había convertido en casa de Ejercicios el edificio que habitaban nuestros novicios. En los otros colegios de la provincia se imitó más o menos la práctica establecida en Córdoba. Si no tenían casa aparte, por lo menos destinaban algunas habitaciones separadas, para que retirados en ella los ejercitantes, meditasen las verdades de la fe según el libro de los Ejercicios. Con muestras de visible satisfacción escribía el P. Tamburini al Provincial del Paraguay en 1727 estas palabras: «Oigo con indecible consuelo de mi corazón el aumento que toman los Ejercicios de N. P. San Ignacio, viéndose entablada en casi todos los colegios tan fructuosa devoción con grande utilidad de las almas y no menos crédito de la Compañía» (2). Para el acierto y buen orden en este importante ministerio dispuso el mismo P. Tamburini el 22 de Junio de 1726 tres cosas, que de paso nos dan idea de la forma con que entonces se practicaban estos Ejercicios de los seglares. Primera, cuando se den Ejercicios a mujeres, no vayan los Nuestros a hacer pláticas o dar puntos a la casa donde están hospedadas ellas. Hágase esto en la iglesia. Segunda, ni a los hombres ni a las mujeres se les oblique a tener la meditación o la lectura espiritual en común. Hagan estas cosas retirados en sus aposentos. Tercera, no pasen de 20 personas las que de una vez entraren en Ejercicios, «y siendo muchos, continúa el P. General, los que quisieren em-

(1) *Cartas de PP. Generales. Retz a Aguilar*, 15 Julio 1737.

(2) *Ibid. Tamburini al Provincial*, 6 Setiembre 1727.

plearse y dedicarse a Dios por el tiempo de ocho o diez días, se podrán ir mudando, y acabados los unos entrar los otros. Todas estas tres cosas que aquí ordeno se practican inconcusamente, así en Italia como en las demás partes de Europa, donde se dan los Ejercicios a los seculares» (1).

El deseo de facilitar y perpetuar una obra tan útil para la santificación de las almas, hizo pensar no sólo en construir casas de Ejercicios, sino también en destinar algunas haciendas o cantidades, cuyo producto cubriese los gastos económicos que en esta obra se debían hacer. Dos bienhechores de la Compañía, Alonso Alfaro y Pedro de Echezarraga, ofrecieron cierta cantidad para fundar una casa de Ejercicios en Santiago del Estero. Alfaro dió 12.000 pesos; la mitad para construir casa y lo demás para el sustento, así de los ejercitantes como de los misioneros que daban Ejercicios. Para este mismo fin ofreció Echezarraga 10.000 pesos y algunas alhajas de iglesia. Este donativo se hizo más estimable con la circunstancia, de que el donante entró luego en la Compañía para Hermano coadjutor. No se aplicaron desde luego estas sumas al objeto deseado, y no sabemos por qué razones las alhajas pasaron a la sacristía del colegio de Córdoba y los 10.000 pesos se destinaron a otros fines. Supo esto nuestro P. General, Francisco Retz, y en 13 de Diciembre de 1732 mandó que se ajustasen las cuentas y que se aplicasen a la casa de Ejercicios todos los donativos de Alfaro y Echezarraga (2). Con estos caudales se compró una posesión en el valle de Calamuchita, y gracias a la diligencia del P. Martín López, que la supo administrar, esta posesión aumentó considerablemente de precio y pudo suministrar los fondos necesarios, no solamente para los gastos de los Ejercicios, sino también para las misiones por los pueblos.

El año 1737 gozábase el P. Retz de ver el feliz incremento que la obra de los Ejercicios había tomado en la provincia del Paraguay. Véase lo que escribe al P. Provincial: «De mucho consuelo me ha sido cuanto sobre misiones circulares y Ejercicios de seglares en nuestros colegios me dice V. R. y el P. Martín López, administrador de la renta dejada para tan santos fines, pues veo que en sólo el año 1734 llegaron a 546 personas las que hi-

(1) *Cartas de PP. Generales. Tamburini al Provincial*, 22 Junio 1726.

(2) *Ibid. Retz al Provincial*, 13 Diciembre 1732.